

El Alterón de la Calle Ancha

ASI, en singular, distinguiéndolo de Los Alterones del Altozano, denominó la gente del pueblo esta cuesta, cuando los agentes naturales, el agua, sobre todo, fueron trazando las corrientes de bajada hacia la Plaza como cauce principal del lugar.

Qué interesante sería recordar los nombres con que el pueblo designó esas corrientes, después calles al engrandecerse el pueblo y con el tiempo denominadas con sus nombres actuales, que son testimonio patente de la apreciación predominante entre las gentes del lugar en los cambios de la vida pública del siglo pasado: la calle de la Victoria, de Alcolea, del Barco, Progreso, Marina, Aduana, nombres todos similares, de la misma época y alusivos a los mismos acontecimientos.

El Alterón—nombre propio, castizo, permanente, que debía llevar la callejuela o calle donde está,—fué partido por las aguas entre las casas de Chala y la de las Mudillas, siguiendo la calle de la Victoria. Otra corriente menor baja por la portada de Blanco y el Cristo de Zalameda y otra por la de los Muertos y Galgo, hoy Alberca Lorente. La otra parte, del Alterón donde se alzaban las casas de la Cacha, el Moreno Parra y Sopas, mandaba sus aguas hacia El Arenal por la Cruz Verde y por los vericuetos de la Trinidad.

La calle Ancha mandaba hacia abajo, en regueros distribuidos como varillas de abanico, todas las aguas que recogía de las huertas y las excedentes de las Santanillas, que se escapaban del

cauce de la alcantarilla del Paseo que iban y van hacia el arroyo del Albardial.

La necesidad de respetar esas corrientes naturales hizo las calles como son, equidistantes, en cuesta y curvas, con idéntica inclinación, con el mismo aire y la misma orientación Este-Oeste de las fachadas y el mismo ambiente, un poco tristón, silente, de pequeña villa, más ahora que antes.

Por estas calles pasé miles de veces en mi primera infancia, para ir a la escuela y a jugar.

Todas sus casas están llenas de recuerdos para mí y las familias me son cada vez más queridas y admiradas en el pensamiento: la madre de Botines, magrita, fina, modosa; Ramiro el de la Llana y su mujer, también fina, resignada; la Abbona de Regino; Requena y su patulea; las Braulias, el Tío Medior, doña Flor y Federico; Isidro Cosme y el Sr. Bernardo, Pozo el jabonero; las Canteras, Pascual el calderero; Santiaguillo, Josito el padre, Cándido el Zapatero,—D. Magdaleno vivía entonces en el Boquete,—el Angel de Gaspar; Perico el de los alambres, Marín, Marín tiene un gato, lo mete en un zapato, le toca el violín, ¡qué gusto le dá a Marín!

Ninguno de ellos podría suponer que se le recordara públicamente al cabo de los años y menos que se hiciera con el placer puro y delicado que me produce a mí resañarlos según eran de sencillos y buenos. Todos le llamaron y le llamamos a ese carrete el Alterón. Respetar y consagrar la denominación, tan alcazareña, sería reconocer la soberanía y el acierto de una vecindad inmejorable, tan bondadosa y llena de virtudes, que solo amor despierta su recuerdo.

